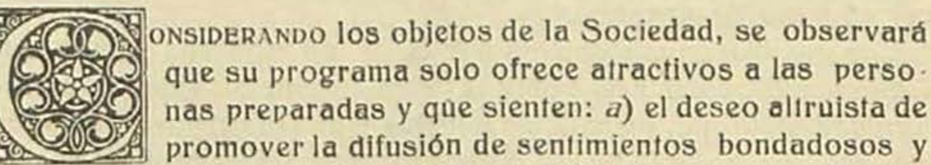


La Sociedad Teosófica

(Del suplemento a *The Theosophist*)



Considerando los objetos de la Sociedad, se observará que su programa solo ofrece atractivos a las personas preparadas y que sienten: *a*) el deseo altruista de promover la difusión de sentimientos bondadosos y tolerantes entre los hombres: *b*) un decidido interés por el estudio de la literatura y la labor intelectual de los arios en particular: *c*) el anhelo de saber algo sobre el misterioso arcano de nuestra humana naturaleza y del Universo que nos rodea. Los tres objetos pueden ser o no igualmente atractivos para una persona dada, que puede simpatizar con uno y ocuparse poco de los demás, o con dos y no con el tercero, En la Sociedad hay muchos miembros que representan estas distintas clases; y el acto de afiliarse a ella no lleva consigo obligación alguna de creer que sea posible organizar la fraternidad humana, o que la ciencia de los arios sea superior a la ciencia moderna, o que existan poderes ocultos latentes en los hombres. El ingreso en la S. T. implica solo simpatía intelectual en una tentativa para difundir sentimientos tolerantes y fraternales, y en una investigación de verdades que pueden descubrirse por estudios y experimentos adecuados en determinadas direcciones.

Cualesquiera que puedan ser las ideas religiosas de un miembro de la S. T., es perfectamente libre de profesarlas sin que na-

die le moleste; pero en cambio se espera de él que muestre igual abstención con sus compañeros, y que evite cuidadosamente todo lo que pueda ser una ofensa para sus creencias, su raza o nacionalidad. Si el M. S. T. pertenece a una casta, que la India por ejemplo, no se le exigirá que la abandone ni que rompa sus reglas. Porque, aunque los fundadores de la Sociedad creen que a la larga desaparecerán todas las barreras sociales que impiden la intercompresión entre los hombres, consideran ellos que este resultado solo puede y debe ser alcanzado por las partes interesadas. Creen ellos que, en el orden natural de las cosas, con el progreso de los tiempos, todo lo que sea un obstáculo y una dificultad para el desenvolvimiento del saber y de la felicidad humana, se desvanecerá, como la niebla se disipa a medida que el sol se eleva sobre el horizonte. Los fundadores no simpatizan sin embargo con los críticos modernos que fuertes en su propia mentalidad, denuncian las costumbres antiguas, las leyes, creencias y tradiciones, como vestigios de un pasado ignorante, aún antes de haberlas investigado con atención imparcial, y aprendido si es que encarnan o no importantes verdades que convendría reconocer en lugar de descartarlas.

Los que fijaron sus objetos a la S, T. no soñaron jamás que fuese posible establecer sobre la tierra durante su vida, una fraternidad amorosa, patente, de pueblos y de Gobiernos. Tampoco esperan que, en la India, se borren los prejuicios profundamente arraigados y las antipatías de raza, que han ido formando muchas generaciones. Pero lo que ellos esperan y lo que intentan realizar, es inducir a un gran número de personas, de las más razonables y más educadas de todas las razas y religiones existentes, para que acepten y pongan en práctica el principio de que, por una ayuda efectiva, y una tolerancia generosa de las ajenas ideas, la humanidad se beneficiará grandemente y aumentarán las probabilidades de descubrir la verdad oculta. La norma de conducta que aconsejan, es la llamada Ley de Oro, que consiste en «querer el bien ajeno como el nuestro propio», que fué predicada por la mayoría de los antigues sabios, y ha sido el santo y seña de los verdaderos filántropos de todos los tiempos. Sembraron ellos esta semilla, dejándola que germinase en la plenitud del tiempo, para que diese al final rica cosecha para las generaciones futuras. Un agente principal a emplear para este fin, es la educación; especialmente la educación especial que capacite a la generación nueva, para conocer los libros sagrados de la antigüedad, y aprender en los escritos de los Rishis, Arhats, Filóso-

fos y sabios de la Aryavarta, y sus hermanas arcáicas, las sublimes posibilidades de la humana naturaleza.

La Sociedad no representa pues un credo, sino todos los credos; no una ciencia sino todas las ciencias. Es ella enemiga de la beatería, de la superstición, de la credulidad y del dogmatismo, donde quiera que se encuentren o quien quiera que sea el que los enseñe. De igual modo, la S. T. es enemiga del vicio en todas sus formas, y de todo lo que tienda a alimentarlo y propagarlo. La Sociedad espera que todo el que ingrese en sus filas, evite hacer lo que pueda llevar el descrédito a la Sociedad y el deshonor a sus miembros. Aunque no busca la perfección de un santo en los que solicitan el ingreso, espera que al presentarles el ideal de perfección humana que les presenta, se avergüencen de sus vicios y se esfuercen en extirparlos.

La Sociedad Teosófica tiene muchas Ramas diseminadas por todo el globo; y en la India se ha difundido tanto ya que un teósofo encontrará en casi todas las ciudades, desde el cabo meridional de la isla de Ceilán, hasta el pié de los sagrados Himalayas, un grupo de hermanos teósofos, que le den la bienvenida. Esas Ramas están compuestas, indistintamente, de buddhistas, hindús, parsis y musulmanes, con eminentes instructores indígenas. Todas las Ramas son igualmente consideradas y atendidas por los fundadores de la S. T.; y todas están igualmente dedicadas al bien de la causa común. El rápido desarrollo de la Sociedad ha asombrado frecuentemente a los que lo han observado desde fuera; pero el único secreto consiste en que los fundadores creyeron que en la recíproca benevolencia, y tolerancia de limitaciones, se debía encontrar una sólida y ámplia base sobre la cual todos los hombres podrían presentarse y colaborar en el bien común. Y también creyeron ellos que, por varias que sean sus manifestaciones externas, solo existe una verdad fundamental y digan lo que quieran los dogmáticos, «No hay religión más elevada que la *Verdad*».

En cuanto a la posibilidad de adquirir conocimiento espiritual (Brahmagyanam) y poderes extraordinarios (Siddhis) de un modo fácil y expedito, baste hacer notar aquí que nuestros antecesores arios e iranios obtuvieron grandes poderes físicos y una profunda penetración en los secretos de la Naturaleza, y ellos expusieron las reglas bajo las cuales siempre se pueden obtener tales resultados. Tocante a las reglas del discipulado (chelado), se hallan plenamente explicadas en los Shastras y los Gathas, por lo cual se invita al estudiante que busca una guía a que explore los

filones inagotables de esas minas. Vivimos en una época llamada muy práctica, (¡como si pudiera ser llamada práctica ninguna época que se ocupe solo de la mitad de los intereses del hombre!) y la proporción de los miembros de la S. T. que han ingresado por el tercero de los objetos proclamados por la Sociedad, es naturalmente pequeña. Así pues, aunque este tercer objeto puede ser el principal aliciente para unos cuantos, otros ni tan siquiera le prestarán atención sino que quisieran ver a la sociedad fundando escuelas de Sánscritos y de otros estudios, escribiendo y publicando revistas o libros, y haciendo otras labores útiles. La S. T. tiene sus actividades exotéricas, y pocos miembros se ocupan de ambas. La S. T. no puede reemplazar a un Guru, ni dedicar tiempo a hacer que se siga una instrucción oculta, el adoptar a los hijos según la antigua costumbre, (como se ha pedido que hagan los Fundadores, frecuentemente), ni proporcionar libros gratuitos, ni transmitir correspondencia, a los Mahatmas. No se deben alimentar tales esperanzas, pues no tenemos ahora más derecho a esperar favores que no hayamos merecido, que los que tuvieron nuestros antepasados, que nunca osaban esperar ninguna recompensa o favor que no hubiesen merecido por años de útil dedicación y decidido esfuerzo.

Los que ingresen en la S. T. deben hacerlo así porque ella da la posibilidad de ser útil al género humano; de tener la satisfacción de iluminar, elevar y estimular la naturaleza moral de nuestros prójimos; de hacer que el nombre Ario sea de nuevo sinónimo glorioso de toda excelencia moral y espiritual; y nos permite mostrar a una época que sufre de tendencias viciosas y es desgraciada bajo el sofocamiento de sus intuiciones que, en los tiempos pretéritos, nuestros comunes antecesores conocían todos los poderes psíquicos latentes en el hombre, cuyo desarrollo da Sabiduría y asegura la felicidad.

(Traducido por J. Garrido)

Los Rosacruces

Los Rosacruces de la Alemania medioeval formaban un grupo de filósofos místicos que se reunían, estudiaban y enseñaban en privado las doctrinas esotéricas sobre religión, filosofía y ciencia ocúlta, que el fundador Christian Rosenkreutz había aprendido de los sabios árabes, herederos a su vez de la cultura de Alejandría. Esta gran ciudad de Egipto, centro principal del comercio y centro de saber intelectual, floreció antes de la elevación del poder imperial de Roma, decayendo mucho antes de que las proezas marciales de los romanos conquistadores trajeran como resultado la destrucción de las artes y ciencias de aquel Egipto que habían invadido y subyugado. Los romanos temían, en efecto, aquellas artes mágicas, que, según la tradición, florecieron en el valle del Nilo, tradición que es también familiar al pueblo inglés por su conocimiento del Génesis, cuyo sabio autor aprendió en Egipto todas las ciencias y artes que poseía, y la misma Biblia nos dice esto, aunque los ortodoxos traten de pasar por esta afirmación del Viejo Testamento.

Nuestro mundo presente no tiene apenas noticia de la filosofía rosacruz, ni la tenía de ningún misticismo hasta hace veinte años y cuando condesciende en hacer un alto en sus ocupaciones utilitarias, sólo es para condenar todos esos estudios, raíces y ramas, como disipadores de tiempo y de energias. El mismo nombre de «Christian Rosenkreutz», el fundador del Rosacrucianismo, apenas será conocido en los mejores círculos sociales o literarios de nuestro país; aunque la mera publicación en 1614 de un pequeño folleto en Alemania, narrando el modo de fundación y las pretensiones de la Orden de los Rosacruces, promovió tal tumulto en toda Europa, que aun hoy existen seiscientos opúsculos en pro y en contra de la realidad y la *bona fides* de las doctrinas de la Orden; opúsculos que fueron escritos e impresos, en Alemania y Francia solamente, en el transcurso de un siglo, desde la publicación del original *Fama Fraternitatis* o narración del establecimiento de la Sociedad de los Rosacruces.

Al estimar la relativa importancia de tan valuminosa literatura, debemos recordar que el período 1600 1700 era muy diferente de la época en que vivimos. Los impresos sólo se los podían procurar los pocos y los ricos, pues eran raros, y no había aún prensa diaria. Ciertamente no se ha publicado libro alguno en los últimos cincuenta años, que haya producido tal remolino en

el mundo intelectual, como el folleto en latín, de treinta y tres páginas, publicado en Alemania en 1614.

Debemos recordar que la Reforma era ya un hecho realizado; había sido un cambio radical que había afectado a vastas regiones de paises semicivilizados, y quizá los clamores contra los Rosacruces fueran una forma de protesta contra otra posible tentativa de conversión de los hombres, como la Reforma que la había precedido y había, con grandes progresos, turbado al mismo tiempo mucho las conciencias, habiendo sacudido la vida europea religiosa y social hasta los cimientos. La narración de Christian Rosenkreutz, creó un verdadero pánico intelectual entre los hombres cultos, puesto que era un fermento que no completó su labor en varias generaciones. No puede dudarse que sus efectos fueron en conjunto buenos, puesto que cualesquiera que puedan ser los méritos o deméritos del Rosacrucianismo como sistema de filosofía o ética, su promulgación tendió ciertamente a completar las concepciones intelectuales de la época, mostrando que los sistemas y formas de religión que prevalecían, no eran las únicas formas posibles de la aspiración y el pensamiento espiritual, y que hasta las fórmulas desvanecidas de la cultura egipcia eran susceptibles de un desarrollo posterior, no inadecuado por completo, ni indigno de la atención de una edad muy posterior No podía ello ser de otro modo, desde el momento que, durante mil quinientos años, en Europa las naciones habían reposado en un estado de apatía inculta, sin hacer casi progresos, atadas por las cadenas de una institución religiosa que se enorgullecía de ser exclusiva, fiscalizaba todo lo que Dios daba o el hombre recibía, y formulaba y practicaba el dogma de que no hay más revelación que la Biblia, y que esa Biblia no debían conocerla las masas, cuyo único deber era el de sostener al clero, por cuya atención y propiación únicamente podía obtenerse cualquier bien.

Desde el momento que se enseñaba a grandes naciones que ni el intelecto ni el alma espiritual del hombre requerían mayor cultura, ni explicación distinta de la que pudiesa obtenerse al oir la lectura del único libro infalible, escrito en una lengua no comprendida por el pueblo, fácil es darse cuenta del por qué la Alemania del año 1600 estaba detrás de Alejandría en el siglo primero, en cultura, en ciencia y en arte.

Cualquier reforma, nuevos presentimientos de la verdad en cualquier sentido, siempre parecen mal a hombres que tienen interés manifiesto en mantener las cosas tal como están; la histo-

ria ha demostrado repetidamente que buenos ministros se han rebajado hasta la falsedad y el engaño, para sostener sus propios intereses y derechos tradicionales, en sus mentes consonantes con el derecho divino de los Reyes, otra superstición ahora explotada. No hay, pues, que maravillarse de que el folleto *Fama Fraternitatis Crucis* promoviera tal torbellino de pasiones, y que sus mantenedores fueran atacados con toda forma de engaños, y todos los malos epítetos que el lenguaje de baja estofa de la intolerancia clerical de aquella fecha podía producir. Porque el clero, recordémoslo bien, y los discípulos del clero, podían únicamente leer y escribir, y sólo había un hombre por cada mil que, habiendo recibido su educación de fuentes ortodoxas, se atreviera a exponer una opinión propia. Tales fueron los escasos defensores de Rosenkreutz, y sus opúsculos son casi todos anónimos para evitar una persecución declarada, mentras que los autores que los condenan firman con su nombre completo, seguido de muchos títulos eclesiásticos. Nadie perteneciente al clero menor, fuera lo que quisiera, lo que pensara o sintiera en privado, osaba publicar una defensa de un instructor o una escuela que no estuviera de acuerdo con la fe dominante. Algunos pocos clérigos exaltados, priores y abades, lo hicieron, como se recordará, profesando y practicando la ciencia hermética y la alqnimia; pero entonces un abad como el de Spanheim (me refiero al notable Trithemius), o un prior como Valentino, o un obispo como el de Rastibona, Alberto Magno, vivían en seguridad rodeados de un gran número de subordinados, y el brazo del Santo Padre estaba mny lejos y no degradaba sin necesidad a un sacerdote de *alto rango*, a menos que se tratara de contumacia de alguna orden personal; mientras que por otra parte, cada uno de los diez mil curas parroquiales, podía ser fácilmente invitado a visitar algún monasterio vecino y quedar retenido allí hasta que algún favorable karma le devolviera la libertad.

Paréceme que existe cierto paralelismo, y espero podré mostraros que hay analogía y algunos puntos de semejanza, entre la aparición de Christian Rosenkreutz en Alemania, y el advenimiento de nuestra H. P. B. como instructores luminosos e inspirados, por el conocimiento adquirido en Oriente, por su viaje e iniciación allí: las diferencias consisten en que en el primer caso los pocos miles de personas cultas de toda Europa, sólo tuvieron conocimiento de este asunto por medio de un manifiesto impreso, mientras que en nuestro tiempo se hace la propaganda abiertamenio por medio de la enseñanza personal, auxiliada por

la prensa. Veamos brevemente cuál es la historia conocida de esta Orden de la Rosa Cruz, cuyo manifiesto excitó un interés tan grande.

El librito *Fama Fraternitatis* dice que en los años 1375-1450, floreció un hombre muy instruido, que habiendo empleado muchos años en viajar por el Oriente —Asia Menor, Caldea, Arabia y Fez—vino de nuevo a Europa, y, después de residir con los moros de España, volvió a su país natal de Alemania, lleno de ciencia hermética y capacitado en artes mágicas cuyo conocimiento había adquirido por muchas iniciaciones en los países orientales. Adoptó él un nombre místico, como lo hacían la mayor parte de los instructores medioevales: su nombre fué «Christian Rosenkreutzz» o Cristian Rosa Cruz, o en abreviatura C. R. con un emblema o sello de una rosa sobre una cruz formada por seis cuadrados, como si tal cruz cerrada hubiera de formar un cubo.

Se fijó él en cierto lugar apartado, y reunió a su alrededor un círculo selecto de amigos y discípulos, que fueron admitidos, después de conveniente preparación, en los grados de iniciación mística que él había alcanzado.

Tras algunos años de tutela y de práctica elemental, estos iniciados comenzaron a trabajar y a construir, o hicieron construir para ellos un Templo, Logia o Casa madre; la llamaron ellos *Domus Sancti Spiritus,* casa del Espíritu divino. Allí se reunían, y era su centro, escuela y laboratorio; desde allí salían por turno para realizar actos altruistas, para curar, enseñar y observar. De este primer círculo se formaron otros sucesivamente, enseñando los más antiguos a los más modernos, siendo de este modo preservado y difundido el conocimiento secreto. C. R. vivió hasta una edad muy avanzada, ciento seis años, y al morir fué inhumado, como se había proyectado por él y por los miembros de su círculo interno, en un enterramiento especial preparado para él en su *domus* o residencia secreta. Se empleó cierta forma de embalsamamiento, y el enterramiento se decoró con grandes y bellos emblemas, dibujos y símbolos. El Mago fué encerrado en un sepulcro especialmente preparado, y se le dejó reposar con su propia insignia peculiar consagrada. El enterramiento se cerró y en la puerta se fijó una placa de bronce, sobre la que se grabó la inscripción profética suya de que a los ciento veinte años después de su muerte, su tumba se volvería a abrir y sus doctrinas en forma modificada, se harian de nuevo públicas, no a unos pocos, sino a las personas cultas en general; esta placa se tapó y

se disimuló la presencia del enterramiento. Los miembros del círculo interno del C. R. parece ser que murieron sucesivamente, hasta que al fin no quedó ninguno que pudiera revelar el secreto de donde se hallaba el cuerpo del gran Instructor, donde se hallaba la cámara secreta de que habían oído hablar, pero que se les había prohibido buscar. Los hermanos se contentaron con esto y se guardaron de practicar pesquisas, confiando en la promesa de que llegaría el tiempo en que por el curso natural de los acontecimientos, C. R. florecería de nuevo, a lo menos su espíritu, es decir, sus doctrinas y su fama se harían públicas. Transcurrieron los ciento veinte años y la orden floreció de nuevo; fieles iniciado estudiaban aún, vigilaban y esperaban que la hora del destino sonara en el reloj del tiempo, hasta que en 1584 se descubrió el secreto.

Copiaré del original, según la primera traducción inglesa por Eugenio Philalethes, es decir, Tomás Vaughan, impresa en Londres en 1652:

«Al año siguiente, después que N. N. terminó sus estudios e intentaba viajar, teniendo para esto medios suficientes con la beca Fortunatus, pensó él (que era un buen arquitecto) modificar algo la construcción y hacerla más adecuada para su fin; en tal concepto se fijó en la placa memorial, fundida en bronce, que contenía todos los nombres de los hermanos, con algunas otras pocas cosas; quería él transportarla a otra bóveda más adecuada, ignorándose entonces dónde o cuándo murió C. R. o en qué país hubiera sido enterrado, puesto que nuestros predecesores nos lo ocultaron. En aquella placa se hallaba un gran clavo bastante gruso, de modo que cuando se hizo fuerza para sacarlo, arrastró con él una piedra del muro o revestimiento de la puerta secreta, que así fué vista y descubierta, por lo que derribamos el resto del muro y dejamos visible la puerta, sobre la que estaba en grandes caracteres: «*Post CXX Annos patebo*» con el año del Señor bajo ella; por esto dimos gracias a Dios y nos fuimos a descansar aquella noche, porque primero queriamos consultar a nuestro Rotam.

»A la mañana siguiente abrimos la puerta y apareció a nuestra vista una cámara de siete lados y ángulos, cada lado de cinco pies aproximadamente y la altura de ocho pies. Aunque el Sol nunca penetró en esta cripta, estaba, sin embargo, iluminada por un tragaluz que tomaba su luz de la del día y estaba situado en la parte superior, en el centro del techo; en medio, en lugar de un

túmulo de piedra, había un altar redondo cubierto con una plancha de bronce y en ella esta inscripción:

A. C. R. C. Hoc universi compendium unius mihi sepulchrum feci

»Alrededor en el primer círculo o borde, se veía:

Jesus mihi omnia.

En medio había cuatro figuras encerradas en círculos cuyas circunferencias tenían estas inscripciones:

I. *Nequaquan vacuum.* No existe el vacío.
II. *Legis Jugum.* El yugo de la ley.
III. *Libertas Evangelii.* La libertad de la doctrina.
IV. *Dei gloria intacta.* La gloria de Dios inmaculada.

Todo ello se veía claro y brillante, como también los siete lados y los dos heptágonos; nos arrodillamos juntos y dimos gracias al solo sabio, solo poderoso, solo eterno Dios, que nos había enseñado más que lo que la sagacidad de todos los hombres había podido inquirir; alabado sea su santo nombre. La cripta podía considerarse dividida en tres partes: la superior o techo, los muros o lados y el suelo.

»De lo parte superior, no sabréis más ahora sino que estaba dividida según los siete lados por el triángulo que estaba en el brillante centro; pero lo que allí está contenido, vosotros (los que deseais nuestra Sociedad), lo podréis contemplar con vuestros propios ojos (Dios mediante). Cada lado o muro está dividido en diez cuadros, cada uno con sus varias figuras y sentencias, tal como éstas se exponen y se presentan *concentratum* aquí en nuestro libro. Como no habíamos visto el cuerpo muerto de nuestro cariñoso y sabio padre, apartamos el altar, levantamos una gruesa plancha de bronce, y encontramos un bello y venerable cuerpo, entero y no consumido, tal como se le representa aquí, con todos los ornamentos y vestidos; en su mano sostenía un libro de pergamino, llamado T, el que, además de la Biblia, es nuestro mayor tesoro que puede presentarse a la apreciación del Mundo. Al final de este libro se hallaba este elogio que sigue en latín, que puede ser traducido así: *Una semilla sembrada en el pecho de Ihesus.*

»Cristian Rosa Cruz nació de una noble y famosa familia alemana. Era hombre de su Edad para las más sutiles imaginaciones y revelaciones divinas, infatigable en sus trabajos de investigación en los misterios de los cielos y también en los de la humanidad; fué secretamente admitido a más de una Real o Impe-

rial Gaza (o casa del tesoro), durante su residencia en Arabia y el Africa: instituyó y fué el custodio de esas artes para la posteridad; él formó el *Minutum Mundum*, que se relacionaba con el pasado, presente y futuro. Vivió más de un siglo, y murió, no de enfermedad, sino llamado por Dios; dió el abrazo y último beso a sus hermanos y así volvió a la divinidad.

»Fué un amado padre, un muy querido hermano, un fidelísimo maestro, y el más constante de los amigos.

»Está oculto aquí hace ciento veinte años.

»Bajo esta inscripción había cinco firmas de miembros del primer círculo, y tres del segundo círculo.»

No soy de aquellos que se burlan de lo que les parece improbable a primera vista, y ésta me parece una narración muy interesante Muchos de vosotros, como teosofistas, no veréis nada extraño e improbable en ella; puede pareceros perfectamente dentro del orden de las cosas posibles; pero voy a admitir que la verdad de la narración no esté probada. Ningún profano ha visto ese cuerpo embalsamado, o esa cripta, o la *Domus sancti spiritus*, que fué construida sobre el año 1460 y abierta en 1584; o, en todo caso, ningún hombre notable ha asegurado en un escrito que lo haya visto.

Pero, ¿podría ser verosímil que un profano lo hubiera visto? No, sin martirizar antes a los hermanos de la Orden.

Seamos justos hacia el Rosacrucianismo, su origen y su historia; preguntémonos qué pruebas absolutas tenemos de muchos *otros* acontecimientos históricos; pruebas, quiero decir, independientes de la evidencia de aquellos que ya se han convencido a sí mismo y de los que tienen un designio personal a que atender, al afirmar la verdad de un hecho cualquiera pretendido, como la muerte de Jesús por medio de la crucifixión, la guerra de Troya, o el asombroso incidente en la conversión de Saulo de Tarsus, o la existencia de Pharos de la antigua Alejandría.

Por otra parte, en tal discusión no es de valor la evidencia negativa. El hecho de que las obras de Josefo no mencionen a Jesús, no es prueba de que éste sea una ficción y de que un maestro amoroso, sabio y reverenciado no haya predicado en tiempo del emperador Tiberio. en Jerusalem; ni es de gran peso el que ni lord Bacon, ni Federico el Grande, ni el Papa Pío nono, ni Spinoza, ni Huxley no hayan alguna vez afirmado haber visto el enterramiento de Christian Rosenkreutz, para negar su existencia en 1484 o 1600, o en cualquier año posterior.

Fácil me sería reunir en una semana, en cualquier gran ciudad

de Inglaterra, un documento que atestiguara con un millar de firmas que nunca se ha visto un teosofista vivo, o un documento que diera fe de que no existía prueba alguna de que los teosofistas tuvieran un santuario donde descansan las cenizas de su difunto y venerado maestro, en una cámara impregnada de la paz que ahora se extiende sobre la memoria de su carácter, tan entusiasta y tan contemplativo en vida, y de su personalidad vehemente y tan afectuosa a la vez.

Millares de personas cultas, y cientos de ocultistas y pseudo-ocultistas, se podrían encontrar para justificar voluntariamente que no tienen prueba alguna de que existan aún en Inglaterra sucesores de «Rosa Cruz el Adepto» o de que tal enterramiento existe aquí o en algún otro lugar de Europa. Sin embargo, esto no disminuye mi creencia, o vuestra si la mantenéis, de que existen aún adeptos rosacruces; ni ello puede anular el hecho de que yo he hablado con una persona en ésta, Ma. Blawatsky Lodge (conocida por la mayor parte de los teosofistas más antiguos de nosotros), que me aseguró la verdad de aquella afirmación y que pretendía haber visto el enterramiento. No soy tampoco tan crédulo o tan ignorante de la naturaleza humana, que vaya a suponer que cualquiera afirmación mía os ha de convencer, ni yo necesito que creáis lo que os digo.

Ver es creer, y si no habéis podido ver, no seréis censurados por mí por no creer: pero tomad mi anterior ejemplo de los teosofistas y nuestro maestro; de esta afirmación aquí hay muchos presentes que han visto y pueden atestiguar su verdad, y por lo tanto, es de suponer que crean y comprendan lo que digo en este momento. Así sucedió con la historia de la Orden de C. R. aparecida en 1610, e impresa de nuevo y distribuida en considerable número en 1614. Al principio se produjo gran revuelo, y hay que observar que en 1610 se publicó sólo la *Fama*, y en 1614 se imprimió otra edición revisada, repartida con un segundo opúsculo, la *Confessio Fraternitatis*. Esto es importante, porque las dos obras varían mucho en cuanto a la materia y al estilo.

La primera trata del período histórico europeo de 1450-80, cuando el catolicismo romano no tenía otro rival que el Mahometismo, unos pocos restos descendientes de los filosófos paganos, y discípulos herméticos: mientras que la obra *Confessio*, publicada en 1614 y sin duda escrita entonces (aunque es anónima), apareció tras las luchas de la Reforma, y está imbuída profundamente de las nociones de Lutero y de las crudezas Protestantes, difiriendo así por completo de la forma de la primera obra, puramen-

te hermético filosófica o gnóstico-cristiana. No tengo ninguna objeción que hacer a la afirmación sentada por Eward Macbean entre otros, de que la *Gama* fué escrita por un verdadero miembro de la Orden original de Christan Rosenkreutz, y que la *Confessio* fué escrita por Valentino Andrea, un teólogo alemán y místico bien conocido, que floreció por aquella época. Puede haber sido un iniciado de grado inferior en la Orden de los Rosacruces, y habérsele ordenado que escribiera la *Confessio* para calmar la tormenta que había desencadenado el primer opúsculo. No se consiguió empero este efecto, y la polémica furiosa de los literatos continuó en plena fuerza por muchos, muchos años.

Muchos críticos modernos han aceptado la idea de que Andrea escribió la *Confessio*; pero se engañan, por falta de estudio, los que dicen que ambas obras son de la misma mano; también se dice que Jeremías escribió el libro de Esther, aunque difieren igualmente en estilo, y en el primer caso, además, un opúsculo es apologético, y el otro es historia o fábula, narración al menos.

En cuanto a la historia de la fundación de la Orden, ¿qué se deduce de esa obra? Tenemos que presumir que una Orden fundada sobre la base de una filosofía elaborada en Arabia y Africa, no era sencillamente cristiana. La afirmación del poder mágico niega la idea de que las doctrinas fueran ortodoxas; y sin embargo, encontramos una profesión de fe cristiana a través de todo el volumen. Debemos recordar que Christian Rosenkreutz comenzó su vida como novicio en un claustro, y durante los primeros años, su sociedad fueron los monjes; debemos no perder de vista que fuera de Europa, en el Oriente, el Cristianismo era Gnóstico, y que los gnósticos y neoplatónicos, aunque decididamente heréticos para los católicos romanos y protestantes, estaban, sin embargo, inspirados por ideales cristianos, aunque no aceptaran la mezcla del Dios y del hombre en el Cristo, insistiendo sobre la enseñanza del Hombre-Jesús.

Hoy similarmente, habiendo la mayor parte entrado en la Teosofía procedentes de una educación cristiana, se hallan aún algunos penetrados por nuestra teología básica y usan todavía un lenguaje cristiano, introduciendo huellas distintivas y símbolos en nuestros nuevos ideales, sobre los principios más elevados del hombre y de la humanidad. Por ejemplo, leed las obras teosóficas de Brothers Kingsland y Brodie Innes. Por esta razón, me parece que este libro, que explica un ocultismo oriental valiéndose con frecuencia de términos cristianos, debe leerse como si las alusiones cristianas fueran dirigidas a un gnóstico que

considera al espíritu Cristo y al hombre Jesús, y no a un católico; porque Jesús para el hermetista, es la forma abreviada de Yehoshua, título formado por las letras kabalísticas Yod, Hech, Vau, Heh, con la interposición de la letra Shin, emblema de la brasa divina que ilumina a cada alma humana. Este Yod-Heh-Vau-Heh. el Nombre incomunicable, es el origen del nombre común de Dios, Jehovah, pero para al kabalista, no se trataba del Dios celoso de la nación judía, sino de un símbolo de las fuerzas creadoras que emanan del más elevado ideal del Dios aún inmanifestado y ciertamente no individualizado.

Vamos a tratar del contenido del opúsculo y de las reglas de la Orden. El *Fama* comienza con un tributo a la gracia y benevolencia del Dios sabio y misericordioso, por el cual se obtiene un conocimiento más perfecto de dos problemas; Jesús Cristo y la Naturaleza, y notad que se trata a ambos como de igual importancia. Después se dan gracias a Dios por manifestarse en algunos hombres capaces de llevar las Artes a la perfección y porque el hombre pueda comprender su propia nobleza y dignidad, por lo cual se le llama Microcosmos, es decir, la ilimitada facultad de perfeccionamiento, y reflexión fiel del Macrocosmos, el Divino Universo manifestado.

Se censura a los hombres por abrazar doctrinas limitadas, como las de Aristóteles y Galeno, cuando la gran Verdad está ante ellos; de aquellos instructores se añade que si les hubiera ofrecido el conocimiento de la iniciación Rosacruz, la hubieran aceptado con agradecimiento.

Se explica luego que Christian Rosenkreutz, a la vuelta de sus viajes, ofreció a los instruidos los elementos de su sabiduría oriental; les mostró los errores de su iglesia y cómo se debía reformar toda la *Philosophia Moralis*. Pero se añade: «Estas cosas fueron para ellos materia de risa, porque tratándose de una novedad, temían que su gran nombre quedara rebajado, si comenzaban a reconocer los errores de muchos años, a los que se habían acostumbrado, y con los que habían conseguido muchas ventajas.»

Ese fué el secreto del fracaso de Christian Rosenkreutz para convertirse en instructor público, y tal la razón de la idea que se le ocurrió de fundar una nueva Orden, que trabajara por una Reforma general en el silencio y el secreto, sin ser molestada por las burlas de un mundo demasiado ignorante o demasiado egoista para recibir la enseñanza.

Algunas páginas después, se dan algunas reglas para gobierno general de los miembros:

I. Que no deben hacer ninguna confesión pública de conocimiento superior; pero que los miembros pueden esforzarse cuando pa:a ello tengan aptitud, en curar a los enfermos, y eso gratis.

II. Que no deberán distinguirse por ninguna vestidura o insignia, ante el mundo,

III. Que deben reunirse anualmente en asamblea, en instruirse uno a otro en el conocimiento adquirido desde la última vez que se hubieran reunido.

IV. Que todo miembro debía designar una persona digna para sucederle como discípulo.

V. Que las letras C. R. serían su marca, sello y distintivo, conservándolas en el espíritu de su Fundador, en el espíritu cristiano y en el de la Rosa del silencio.

VI. Que la Sociedad permanecería secreta durante cien años. Este punto fué ciertamente bien observado; pero después de ese tiempo, varios miembros escribieron, sin duda con permiso, como Hermanos R. C.

Otras referencias a sus ideas, costumbres y extraordinarios poderes, abundan en la *Fama*. Por ejemplo, se dice que, aunque no podían vivir más tiempo que el señalado por Dios, estaban libres de enfermedad y dolor. El hermano J. O. era muy experto en la Kábala, la filosofía mística de los iniciados hebreos y caldeos. Sus tumbas debían ser secretas, y pretendían poseer el arte del embalsamamiento.

También pretendían conocer el secreto de las lámparas inextinguibles, a que tan frecuentemente se refieren los autores medioevales ocultistas, y el poder de profetizar, como lo muestra la inscripción de la puerta del enterramiento.

En la cripta de referencia, se encontraron, *inter alia*, «maravillosos cánticos artificiales»; éstos pueden ser lo que los adeptos orientales llaman Mantrams, es decir, porciones de lenguaje con cierto ritmo, para ser recitadas en las ceremonias mágicas

Condenaban ellos la fabricación del oro practicada por propio provecho y lujo, llamando a la transmutación Parergon u obra secundaria. Por último, leemos en la *Fama*:

«Nuestra filosofía no es una nueva invención, sino que Adán la recibió después de su caida, Moisés y Salomón la usaron, y no se debe dudar de ella o contradecirla con otras opiniones o signihcados; porque la Verdad es siempre pacífica, breve, siem-

pre igual y especialmente de acuerdo con Jesús *in omni parti*, y con todos los miembros. Así como El es la verdadera imagen del Padre, así Ella es su imagen. No se dirá que esto es verdadero sólo de nuestra filosofía, sino también que está de acuerdo con la Teología. En ella Platón, Aristóteles, Pitágoras y otros dejaron trazas, y en ella Moisés, Enoch y Salomón florecieron, especialmente en lo que acepta ese maravilloso libro, la Biblia; todo ello concurre y forma una esfera o globo, cuyas partes totales equidistan del centro.»

Sigue a la *Fama* la *Confessio Fraternitatis*, escrita para los eruditos de Europa, y que dice contener treinta y siete razones del designio e intención de la Sociedad. Es bastante curioso que el opúsculo no contenga serie alguna de treinta y siete razones, o treinta y siete puntos, sino que es un discurso relativo a las doctrinas de los hermanos. En conjunto sus párrafos difieren por completo de los de la *Fama* y tienen marcada claramente la influencia de las ideas post reformistas, viéndose, por ejemplo, que al Papa se le llama el Antecristo. Así que parece verosímil, que este opúsculo sea de Valentino Andrea, el teólogo protestante, más bien que de hombres profundamente inspirados por el misticismo y magia de quien fuera preparado para el Adeptado por sabios del Oriente.

El tiempo no me permite pasar revista a la *Confessio*, ni a las vidas y obras de los filósofos que desde entonces se han significado como Rosacruces, así que voy a concluir con un breve sumario, y con la exposición de las analogías existentes entre el origen de la Orden de los R C. y la Sociedad Teosófica.

Los Rosacruces, considerados desde el punto de vista del *Fama Fraternitatis* (su propio manifiesto al Mundo), parece ser que formaban una Orden que era esencialmente una fraternidad de filósofos, que habitaban en un país cristiano, y profesaban un cristianismo nominal de tipo gnóstico, aunque en realidad era un grupo de estudiantes de sabiduría oriental y de las artes mágicas orientales, protesando y practicando la adivinación y la Kábala, así como el conocimiento de los planos ultra-naturales del ser.

Como tales, tuvieron que encontrar la rampante hostilidad de la Ortodoxia de su tiempo, necesitando cubrirse con un velo impenetrable de secreto; sólo aparecían en público aisladamente, y sin distintivo alguno de su carácter; y últimamente, cuando salían al exterior, se dedicaban primero, a la caridad y a la curación, y luego, a la adquisición de más extenso conocimiento por la observación y la experiencia.

Ahora voy a exponer algunas semejanzas, que es posible sean superficiales, al parecer existentes entre la narración de Christian Rosenkreutz y el origen de la propaganda teosófica.

No nos engañemos; el establecimiento de los Rosacruces, no admitiendo demostración, puede ser, si así lo queréis, un mito. La teosofía es para nosotros un gran hecho, En cuanto a mí, he estudiado el misticismo occidental veinte años antes de ser discípulo de esta escuela, y yo lo estimo en alto grado, tanto, que para mi no es rebajar el valor de la Teosofía el compararla con la obra de Christian Rosenkreutz. Admito que la presente obra de la Sociedad Teosófica es magna en su finalidad y se está convirtiendo en universal en su difusión; por lo tanto, su labor es la extensión del papel que se asignaba al verdadero e ideal Rosacruz, cuyo celo le llevaba más bien a su personal desarrollo; yo abogo por el valor de la iniciación hermética; pero éste no es el tema que he de desarrollar en este momento.

Mi tesis es muy admisible, puesto que H. P. B. siempre declaró que la escuela de sabios que la instruyó en las doctrinas que predicaba, ha existido durante las edades; y que ellos varias veces han autorizado, sobre todo, en los últimos veinticinco años de cada siglo, y han guiado algún esfuerzo conducente a la difusión de la verdadera filosofía oculta. Hasta que se pruebe lo contrario, es admisible el argumento de que la leyenda de Christian Rosenkreutz se refiere al ejercicio en pequeño de este principio y práctica; que la tentativa fuera un fracaso, no prueba que no haya tenido su importancia, puesto que H, P. B. repetidamente dijo que su propia profesión de fe se hundiría en el fracaso y la insignificancia, al menos que algunas grandes almas y entusiastas discípulos fueran bastante fuertes para transcender el período de su natural decadencia.

En este punto, pido se me permita una explicación. No he expuesto lo anterior *por ser* teosofista; por el contrario, se me ha pedido que trate este asunto de los Rosacruces, por tener la satisfacción ya de ocupar un alto puesto en la Sociedad Rosacruz de Inglaterra, y se puede suponer muy razonadamente que en tales condiciones, debo haber estudiado la historia de la Orden. Pero para evitar un error de interpretación, debo decir que la Sociedad de los Rosacruces de Inglaterra es una corporación masónica; está compuesta de francmasones que se han reunido para estudiar los viejos libros Rosacruces a la luz de la historia, y para buscar la relación existente entre el Rosacrucianismo y los orígenes de la Francmasonería, relación que han dicho exis-

tia muchos historiadores pertenecientes al mundo profano. Los miembros de esta Orden, como tales, no pretenden hallarse en posesión de la sabiduría secreta de los discípulos de Christian Rosenkreutz, y yo deseo mucho que nadie quede bajo la impresión de que hablo como algo más que como un crítico de la historia, o crea que tengo la pretensión de poseer las artes mágicas.

Os pido este favor al referiros a esta conferencia en vuestras conversaciones, porque aunque yo fuera miembro de la antigua Sociedad, y tuviera algunos poderes superiores, no podría hacerlo público. Creo absurdo que cualquiera pretenda la posesión de poderes anormales que no quiera demostrar o que no pueda mostrar en público o, al menos, a todos los que lo deseen, para que viéndolo, puedan creer, y creyendo comprender, ¿no podemos establecer un paralelo entre la promulgación de las doctrinas de Christian Rosenkreutz y el establecimiento de la Sociedad Teosófica y del núcleo interno de estudiantes de H. P. B.?

En cada uno de los casos, la instrucción de filosofía mística vino de Oriente; en el primero, del Asia Menor, Arabia, Africa, y principalmente Fez; en el segundo, de la India, Tíbet y Egipto.

En ambos casos, la inspiración y fundación de la Orden, se debe a uno sólo; en el primer caso, a un hombre, y en el segundo, a una mujer.

En los dos casos, la Orden se ha fundado en el último cuarto de un siglo. En las dos ocasiones, el Iniciado expuso a la pública consideración una parte de su sabiduría, y las dos veces la enseñanza «no se tomó en serio», y el Maestro quedó cubierto de desprecio y ridículo.

En cada uno de los casos, la enseñanza está basada sobre la ética y un elevado ideal de moralidad, lanzándose la idea de que tal régimen de vida *puede* conducir a los poderes mágicos o anormales. Las dos veces, disgustado el Maestro con el Mundo hipócrita y vanaglorioso, adopta la idea de formar un núcleo selecto de discípulos estrechamente unidos por solemne promesa, y estimulados por el entusiasmo.

En ambos casos, una de las primeras medidas fué la fundación de un centro y una habitación especial apartada, para trabajar, para el estudio y la contemplación.

En los dos casos, al fallecimiento del fundador, fué considerado éste por sus afligidos discípulos como el más querido amigo, el más instruido maestro y el más amado jefe.

En un caso vemos la solicitud para preservar los restos del Maestro; en otro caso, tenemos una urna de cenizas preserva-

das por amorosas manos y colocadas respetuosamente en lugar seguro. Y últimamente, así como Christian Rosenkreutz dejó la profética y quizá alegórica afirmación de que sería encontrado por sus sucesores de la tercera generación, que él, o su nombre y doctrina, reaperecerían, así H. P. B., a lo que entiendo, afirmó que volvería, en otra forma sin duda, pero su mismo Ego individual, y en un grado de progreso más señalado sobre el sendero del completo Adeptado.

Como teosofistas que buscan la luz, esperemos que, así como los discípulos de Rosa Cruz, ciento veinte años después de su muerte, mostraron la vitalidad de su Orden, puede esta Logia, fundada por nuestra gran inspiradora H. P. Blawatsky, continuar floreciendo y extendiéndose, hasta que el tiempo no cuente ya para nosotros.

W. Wynn Westcott.

La sublime verdad relativa al acto capital de la humana vida es el hilo de oro que engarza todas las religiones. Cuando le demos supremacía sobre los demás actos de nuestra vida, veremos cómo por su misma insignificancia se desvanecen las mínimas diferencias, los estrechos prejuicios, los risibles absurdos, y creemos que en caso necesario, un judío puede adorar a Dios en una catedral católica, como un católico en una sinagoga judía, un budhista en una iglesia cristiana y un cristiano en una mezquita, porque todos pueden igualmente adorar a Dos en el ara de su propio corazón o en la cima de la montaña o durante los quehaceres de la vida ordinaria.

Para arrobarse en la verdadera oración, solo son necesario Dios y el humano espíritu, sin sujeción a tiempo ni estación ni oportunidad. En cualquier lugar y tiempo puede encontrar el alma a Dios.

(En armonía con el infinito.—Trine).

—

Si algunos enseñan que el Nirvada es la aniquilación del YO, decidles que mienten. Si algunos enseñan que el Nirvana es vida separada, decidles que se engañan, porque ignoran la verdad, no ven la luz que brilla por encima de sus rotas lámparas y no saben que la felicidad está fuera de la existencia y del tiempo.

¡Entrad en el Sendero! No hay más amargo dolor que el Odio, ni sufrimiento como el de la Pasión, ni engaño como el de la Sensualidad. -(Budha.—La luz de Asia).

Fundamentos filosóficos de la reencarnación

I.

Ante le Verdad



AMOS a tratar hoy de la doctrina reencarnacionista, buscando la base filosófica en que apoyar debidamente nuestra creencia. Otro día intentaremos demostrar su necesidad moral y mística, más real, más convincente, más poderosa para mí que los argumentos de la razón, débil e insuficiente para abarcar las cosas del espíritu.

Hay una razón lógica que convence mentalmente; pero hay otra razón espiritual que no argumenta: sabe. Una cosa es conocer con la cabeza y otra evidenciar con la intuición; porque el corazón tiene sus razones que la razón no conoce. «Les grandes pensées viennent du coeur», dice Vauvenargues. Y el verdadero conocimiento es espiritual. A fuerza de razones nos convenceremos, por ejemplo, de nuestros deberes colectivos, de nuestra cesión de derechos individuales frente a los derechas sociales; porque la parte debe sacrificarse al todo; pero llega la oportunidad de demostrar la realidad de nuestro conocimiento y el egoismo levanta su voz y nuestra razón se ciega y el derecho individual se antepone a todos los deberes de ciudadanía. ¿Porqué? Porque no sabíamos con el corazón, porque habíamos envuelto nuestra ignorancia en los oropeles fastuosos de razonamientos vacíos, porque habíamos poblado nuestro mundo mental de fantasmagorías inconsistentes, desvanecidas como humo ligero al primer soplo del egoismo Para mí, la mujer analfabeta que da cuanto tiene al mendigo enfermo en medio de los caminos, que le brinda su hogar por asilo, su pan para refrigerio, sus manos caritativas como cauterio suave que mitigue las tribulaciones de su miseria, sabe más de moral, de humanidad, de realidad, que el profundo autor de numerosos tratados morales y filosóficos, con la cohorte de sus latinajos y el cortejo de las logomaquias con que envuelve su ignorancia espiritual.

Hablaremos hoy mentalmente; pero, de cuando en cuando, para que el hielo frío de la lógica no tienda sobre nosotros su manto de nieve, dejaremos que nuestro entusiasmo se desborde en un canto a la verdad profundamente sentida. Así como los pitagóricos ponían al frente de su escuela el adagio famoso: NADIE PENETRE QUE NO SEPA GEOMETRÍA, yo colocaría

frente a nuestros ideales otra sentencia: NADIE LOS TOQUE QUE NO TENGA CORAZÓN; porque sin la caridad que brota del corazón, es imposible conocer el verdadero alcance de nuestras doctrinas. Hay que aprender a vivir en los demás, hay que salir de nuestro reducido mundo individual, hay que sentir con el que siente, reir con el que ríe, amar con el que ama y a veces también llorar con el que llora, que ésto y no otra cosa es la verdadera caridad. El Cristo nos enseñó su virtud y en ésto consiste el nacimiento del Cristo en nosotros, en sentir Caridad; por que con ello nos unimos a las cosas amadas, participamos de su vida y realizamos la obra del Cristo que es el gran unificador. Dice Leon Tolstoi en la «Verdadera vida»: «El nacimieuto espiritual en el hombre es un deseo de ventura consciente que atañe a la existencia colectiva de la humanidad... El deseo de ventura colectiva es el principio vital del conjunto de las existencias, es Dios. Así, pues, el Ser que nace en el hombre es quien da vida a todas las cosas, es Dios.»

Ahora entremos a desenvolver nuestro tema y que mis palabras penetren en vuestros corazones y despierten en ellos un poco siquiera del entusiasmo que yo tengo por un ideal que embellece la vida y devuelve la paz a las almas conturbadas por el dolor de vivir. Yo debo a la Teosofía los momentos más sublimes de mi vida; ella me reveló la verdad como isla encantada entre los oleajes de la duda, ella señaló dirección a mi presente existencia como faro luminoso a los navegantes vagabundos, ella encendió en mi corazón la estrella de la esperanza que no se apaga jamás; porque como lo oimos de boca del Maestro: «La tierra y el cielo pasarán, pero sus palabras no pasarán, porque son la verdad eterna». Que todas las almas participen de este mensaje de Vida, es el deseo más ardiente de mi corazón.

II.

Los seres vivos y la duración

Hipótesis bergsoniana

Hay una idea fundamental en los tiempos modernos, de la cual no se puede prescindir en todo estudio filosófico: la evolución. Y no se crea que esta idea es un privilegio de los tiempos modernos, del siglo de las luces. En el mundo siempre hubo luces y muy luminosas que guiaron a las pasadas humanidades y cuya

luz aún se proyecta hacia las humanidades futuras. En las Monadologías de Leibnith he visto yo esbozada la teoría de la evolución y en los autores clásicos se enseña perfectamente esta doctrina. La única invención de los hombres modernos ha sido darse cuenta de una antigua verdad y descubrirla en las formas sensibles y organismos vivientes. Pero la verdadera evolución, la evolución de la conciencia, era sobradamente conocida antes de Darwin y Haeckel. En esto sucede, como en tantas cosas, que nos atribuimos descubrimientos tan viejos como el mundo; por ejemplo, los principios de Newton sobre la caida de los cuerpos en el vacío, eran conocidos en tiempos de Lucrecio, como puede evidenciarlo quien, como Edington, lea la obra de aquel clásico «De Naturae Rerum».

Ahora bien, en el estudio de los seres vivos, hay que tener en cuenta un elemento que no existe en los seres inorgánicos. Podríamos llamarlo Mónada, como Leibnith, principio interno o ENTELEQUIA, como lo nombraba Aristóteles.

Los seres inorgánicos no constituyen sistema completo, aislado, evolucionante interiormente como un todo que vive y se transforma. Los seres inorgánicos se forman y desintegran en dos universales: el Tiempo y el Espacio; pero permanecen siempre iguales a sí mismos, no hay transformación en su modo de ser, cambia únicamente de posiciones en los diferentes instantes de la sucesión. «Un objeto material, dice Bergson, continúa siendo lo que es, o si cambia bajo la influencia de una fuerza exterior, nos representamos su cambio como mudanza y nueva repartición de sus partes que no cambian. Si esas partes tratasen de cambiar, las fragmentaríamos y llegaríamos hasta las moléculas de que se componen los fragmentos, hasta los átomos constitutivos de esas moléculas, hasta los corpúsculos engendradores de esos átomos, hasta lo imponderable en cuyo seno el corpúsculo se forma quizás por un simple torbellino; llevaríamos la división o el análisis hasta donde hiciera falta, para hallar lo inmutable.»

En el ser vivo hay que distinguir otro universal: la duración. Es decir, que el ser vivo cambia su modo de ser interno con la sucesión de momentos; el ser vivo crece y se desarrolla y aumenta sin cesar sus potencialidades, sus facultades, sus posibilidades; acrece su complejidad y transforma su estructura subjetiva, al relacionarse con el medio objetivo. El presente de un ser vivo, es el resultado sintético de su pasado, fuente original de su futuro.

«La dúración, dice Bergson, es el progreso continuo del pasado que va royendo el porvenir y que s. hincha al avanzar.» El ser vivo se transforma, se desenvuelve, mejor dicho, en cada instante y, por tanto, no es igual a sí mismo en dos momentos sucesivos, ni puede jamás volver a ser lo que fué; porque aun cuando las circunstancias en que se encontrase fuesen idénticas, la Vida ya no es lo que era, sino el crecimiento de lo que era. Lo inorgánico es siempre igual a sí mismo, cambia su manera de *estar*, no su manera de *ser*.

En cambio el elemento vivo, la célula por ejemplo, es un conjunto orgánico que crece y se transforma, no sólo en tamaño, sino en complejidad de funcionalismo, transmisible por herencia a las células hijas, de manera que en el modo de ser de un organismo presente está resumido todo su pasado y el de su ascendencia. «En donde qúiera que haya una cosa viva, dice Bergson, hay en alguna parte un registro donde el tiempo se va inscribiendo.»

Esta verdad de que la vida se crea a sí misma, en todo momento, es la mayor negación de la hipótesis mecanista que sostuvo. ¿Cómo comparar el funcionamiento de la vida al de una máquina creada por el hombre? No hay semejanza en los términos comparados. La máquina es como la hicimos, su organización procede de fuera; el ser vivo es como se hizo, su organización procede de dentro; la máquina permanece, está; el ser vivo se aumenta, se hace más complejo, *es*. La máquina se destroza e inutiliza con el tiempo; el ser vivo antes de desintegrarse físicoquímicamente, tiende a reproducirse en otros seres semejantes resumen de su historia vital y germen del ulterior progreso de la vida. Además, el ser vivo se siente a sí mismo, hay en él una conciencia, un *algo* inexpresable, fuente de si mismo, que vive *en sí*, que reacciona *de sí*, de lo interno, de lo subjetivo, si vale la expresión.

Ese continuo crecimiento de la vida, ese devenir eterno, esa realización progresiva, es lo que llamamos evolución o transformismo. Ahora bien, la evolución de la vida va siempre acompañada de la evolución de la forma a través de la cual se manifiesta. La primera, de antiguo conocida, es imperceptible para el observador externo; porque se realiza en lo interno del ser y sólo el ser mismo tiene conciencia del ser. La segunda, la evolución de la forma, descubierta por los Darwins y Walaces, es perceptible por nuestros sentidos. Ahora bien, la evolución de los organismos no es la causa, sino el efecto de la evolución de la vida

que necesita perfeccionar las formas sensibles por medio de las cuales tiene expresión. En esta, como en todas las verdades científicas, tenemos que remontarnos de los efectos físicos a sus causas y leyes, siempre metafísicos. La parábola descrita por un móvil sujeto a las acciones de una fuerza continua y otra instantánea es el efecto sensible, físico; pero la fuerza y aun la fórmula matemática son metafísicos, abstractos, insensibles, imperceptibles, casi estoy por decir espirituales.

Así en la ley de evolución, la de las formas u organismos es el efecto sensible, desde el cual debemos remontarnos a la causa verdadera: la evolución de la vida y la formación de la conciencia.

Mucho se discute todavía la teoría evolucionista. Para mí, aunque se demostrara que las diferentes especies no pueden transformarse ni proceder las unas de las otras; aunque se negase la evolución de las formas, quedaría siempre intangible la evolución de la vida, como necesidad filosófica, como realidad espiritual que yo evidencio en mí mismo. Si se me dijera que el universo no evoluciona, podría contestar con la más categórica de las afirmaciones. Pues bien, yo sí que evoluciono y me transformo por momentos y acreciento y desarrollo mi conciencia, resumen de todo mi pasado espiritual y germen de infinitas y gloriosas promesas para un futuro remoto.

Siempre nos quedaría cuatro verdades, según lo que opina Bergson, si se le negase realidad al transformismo:

1.ª Que los seres vivos forman a manera de una escala progresiva que va de lo simple a lo compuesto, de lo uno a lo múltiple, de lo uniforme a lo diverso, de lo sencillo a lo complejo. Esto es, que pueden clasificarse extructuralmente partiendo de lo simple, los protozos, por ejemplo en el reino animal, hasta los complejos, los vertebrados, de los cuales el hombre representa la máxima complejidad. (Orden clasificativo.)

2.ª Que la conciencia y las facultades vitales se manifiestan más plenamente a proporción y medida que aumenta la complejidad estructural de las formas u organismos. Esto es que la complejidad y perfección orgánica son paralelas a las espirituales.

3.ª Que el embrión de un ser vivo reproduce en su desarrollo el orden progresivo de esa escala, como si repitiera la historia de la génesis de las formas. (Orden filogénico y ontogénico.)

4.ª Que los restos paleontológicos, al señalar el orden cronológico que ha seguido la aparición de los seres vivos en la tie-

rra, nos demuestra que coincide con el orden clasificativo, filogénico y ontogénico.

—

Todo cuanto antecede se sintetiza maravillosamente en Teosofía. Decimos que la materia informe se va densificando y haciendo más grosera, hasta descender al plano físico, bajo el impulso de la primera oleada de vida procedente del Tercer Logos. Una vez densificada y vitalizada la materia virgen, se constituye en formas bajo la influencia de la oleada de vida procedente del segundo Logos, para que, una vez constituidas las formas—o sistemas cerrados como los llama Bergson—encarnen en ellas las mónadas, que representan la oleada de vida procedente del primer Logos. Dice C. W. Leadbeater en el capítulo VI de su obra el «Hombre visible e invisible»: «El primer movimiento en la formación del sistema procede del tercer aspecto del Logos. Antes de este movimiento, nada existía, excepto la materia atómica de cada una de los planos de la naturaleza, sin que se hubiese formado aún ninguna de las agregaciones o combinaciones de los subplanos inferiores. Pero en el seno de la materia virgen (la verdadera Virgen María) se infunde el Espíritu Santo, el Dispensador de la Vida, como le llama el símbolo de Nicea... Esto denota que el Espíritu Divino se va velando a medida de su descenso en la materia, hasta el punto en que apenas se puede reconocer su divinidad... En la materia así vivificada, se infunde la segunda gran emanación de Vida. La segunda persona de la Trinidad se reviste de forma, se manifiesta, no solamente en la materia virgen e infecunda, sino también en la que ya palpita la vida de la Tercera Persona. Así, pues, la vida y la materia le sirven a la par de vestidura y puede decirse que nace del Espíritu Santo y de la Virgen María... Y asciende después hasta encontrar la tercera gran oleada o emanación de vida, procedentes del primer aspecto del Logos...»

III.

Síntesis evolutiva.—Teoría de Leibnith

Volvamos a nuestro tema. Decíamos que lo innegable para nosotros es la evolución de la Vida, presentida por Leibnith. Spinoza, el genio del panteismo, había expuesto su maravillosa teorís de la Sustancia infinita, algo así como lo Supremo incognoscible de Spencer, lo Inefable de los hebreos, lo Inconsciente de

Hartman, el Aquello de Lao-Tseu, el Parabraham de los induistas, el Anú de los Caldeos, Varuna de los arios, Urano de los griegos, Pleroma de los gnósticos y lo Inmanifestado de los teósofos. Es decir que para Spinoza, todo es Todo, todo es la Sustancia primera, en yuya naturaleza está el desenvolverse necesariamente por una variedad de atributos infinitos, infinitamente modificados. Cada uno de cuyos atributos expresa una esencial también eterna e infinita.

Después de concebir lo uno, era preciso que la filosofía concibiese lo múltiple. Lo Uno se manifiesta en una infinidad de seres, cada uno de los cuales es un infinito formado de infinitos, por su posibilidad y por su constitución, como lo presiente Leibnith en el versículo 70 de su Monadología. Así, pues, Dios es, según Leibnith, la unidad primitiva o sustancia simple originaria y todas las mónadas derivadas son producciones suyas y nacen por decirlo así, por Fulguraciones continuas de la Divinidad de momento en momento, limitadas por la receptividad de l ; criatura, a la cual pertenece esencialmente el ser limitado. (Monadología, versículo 47).

Siguiendo un método opuesto, esto es, partiendo de la variedad, llegaríamos a la misma conclusión. «Todo ser vivo está sujeto a cambio, lo que se cambia es un principio interno, esto es, su Mónada. (Op. cit. 10—11). Todo estado presente de una sustancia simple—de un sistema cerrado, como lo llama Bergson—es naturalmente una consecuencia de su estado anterior, de ta suerte que el presente está preñado de porvenir. (Op. cit. 22). Ese principio de unidad que existe irrefutablemente en todo ser vivo es la Mónada, la Entelequia de Aristóteles, el ser evolucionante que adquirió cierta perfección, que es fuente de sus acciones y reacciones, que se es a sí mismo, si se me permite la expresión. Esto es, existe un principio espiritual, una Mónada que permanece en sí, aún cuando cambia en su manifestación sensible y en el desarrollo de sus posibilidades. (Op. cit. 13).

En resumen: Hay una Sustancia primera—Dios—principio de lo existente. Hay una variedad infinita de Mónadas en la exteriorización de esa Sustancia una originaria.

El paso progresivo de lo uno a lo vario se llama evolución. Los materialistas se ven obligados a seguir la misma pauta, en el estudio del mundo material, único real en su concepto. Han tenido que reconocer la existencia de un protoplasma primitivo, masa gelatinosa, indiferenciada; una variedad infinita de seres diferenciados, procedentes de ese protoplasma primitivo, y un

proceso progresivo en la diferenciación, esto es, la evolución de los organismos.

IV.

Leibnith y las Mónadas.—La reencarnación

Siendo el ser vivo un sistema cerrado, el universo es dual para la Mónada; de un lado las impresiones del exterior, del otro lo que la Mónada siente en sí. Estos dos mundos, objetivo y subjetivo están en continua relación y su resultado es la evolución de la conciencia que, poco a poco, en el transcurso de la duración, se va definiendo. Ahora bien, la forma orgánica envejece y se desintegra en sus componentes químicos; pero ¿y la Mónada? ¿Y el principio de unidad, lo que sentía, lo que duraba, lo que crecía? ¿Ha desaparecido para nunca más volver? En opinión de Leibnith, «las mónadas cambian poco a poco de organismos, así es que nunca se ven despojadas de golpe de todos sus órganos. Y esto es lo que hace que nunca haya generación entera, ni perfecta muerte. Y lo que llamamos generaciones son desenvolvimientos y acrecentamientos, y lo que llamamos muerte, disminuciones y envolvimientos.» (Monadología, ver.° 73). Es decir que, para Leibnith, al morir un organismo, no se separa totalmente la Mónada. Entelequia o alma del cuerpo a través del cual actuaba, sino que se reduce, despojándose de sus componentes químicos, desnudándose de su materia física; pero permaneciendo en otra clase de materia (tal vez el *arche* de los prepitagóricos, el *apeiron* de Anaximandros o el *hylozoon* de Thales de Mileto), en estado de *Mónada desnuda* (Op. cit. 24), hasta que encuentra una ocasión en que volver o desarrollarse, a crecer, a manifestar su ser en otra forma organizada. Esto y no otra cosa es la teoría de la Reencarnación. Por eso dice Leibnith que no cree en la Metempsícosis y sí en la metamórfosis; porque entiende por metempsícosis la total separación de la Mónada y la materia o cuerpo, y por metamórfosis la transformación del mismo. «Aun los genios mismos, tienen su cuerpo, aunque imperceptible para nosotros.» (Op. cit. 72).

Aun se expresa más claramente el gran pensador en el el versículo 6.° de su opúsculo «Principios de la naturaleza y de la gracia»; «Y así como los animales no nacen extrictamente en la concepción o generación, tampoco perecen en lo que llamamos extrictamente muerte; porque es razonable que lo que no comien-

za naturalmente, no concluya tampoco en el orden de la naturaleza. Así, despojándose de la máscara de sus harapos vuelven tan sólo a una esfera más sutil, en donde pueden, no obstante, ser tan sensibles y tan bien regulados como en la otra más amplia... Así, pues, no sólo las almas, sino también los animales, son inengendrables e imperecederos: desenvuélvense, envuélvense, revístense, desnúdanse, transfórmanse; las almas no abandonan nunca del todo su cuerpo, y no pasan de un cuerpo a otro enteramente nuevo. No hay, pues, metempsícosis; pero hay metamórfosis; los animales cambian, toman y dejan sólo partes; lo cual ocurre poco a poco y en partículas insensibles en la nutrición, y de pronto, por modo notable, aunque rara vez, en la concepción o en la muerte que son adquisiciones o pérdidas subitáneas de todo.

De no existir la Mónada permanente, resulta inexplicable la teoría de la evolución, y no se nos diga que la Ley de herencia encierra la clave del enigma; pero esta ley es el hecho, no la explicación. ¿Por qué se hereda? ¿Cómo se hereda? He aquí el problema a resolver.

Y es que las causas de los efectos sensibles, son siempre metafícas; si se nos dice que los cuerpos se atraen conforme a la ley de gravitación universal, únicamente se nos da a conocer un hecho; pero el concepto de fuerza y aún la fórmula matemática de la gravitación, son algo abstracto, espiritual que únicamente conocemos por sus efectos. Así ocurre con la evolución explicado por la herencia; porque esta ley es el hecho; pero ¿cuál es la causa? Mientras no exista otra explicación que comprenda y abarque todos los fenómenos más sencillamente, hemos de recurrir a la teoría de la permanencia de la Mónada, a la evolución de la Conciencia, a la Reencarnación de los Egos.

Y entre los seres vivos y animados, es un hecho la herencia; pero ¿y el hombre? ¿De dónde brota el conocimiento del sabio, la inspiración del poeta, la mansedumbre del Santo? Porque estas cosas no se heredan y son, sin embargo, la flor de la creación. En Teosofía se explica muy fácilmente toda lo referente a Ley de herencia en los animales, por la teoría de las almas grupos. Se nos dice que cierto número de Mónadas, tienen un alma colectiva o grupal, donde se atesoran las tendencias e instintos de la especie, como fruto de la experiencia; esto es, participan de un cuerpo astro mental común a todas ellas. Según se suscitan tendencias diversas en el curso de la evolución progresiva, se diferencia y subdivide esta alma grupal, de manera que las Mó-

nadas tienden a invividualizar sus vahículos. Por falta de tiempo no explico ampliamente tan maravillasa y sugestiva verdad, percibida por los videntes y confirmada por los efectos físicos.

Tratemos ahora de la reencarnación de la Mónada individualizada del Hombre. En estas vidas humanas podemos estudiar mejor que en otras cualesquiera, las leyes generales de la evolución de las almas.

Dice Leibnith en el versículo 48 de la Monadología que en Dios hay Potencia, que es como la fuente de todo. Conocimiento, que encierra el arquetipo de las ideas, y Voluntad, que efectúa los cambios y producciones. Así también en el hombre, derivación de Dios, hay otra trinidad: Puede, Sabe, Ejecuta. La fuente del poder es el Espíritu, el vehículo del saber es el alma senciente y pensante, y el instrumento del ejecutar es el cuerpo físico. Esto es, que, como decía San Pablo, el hombre es cuerpo, alma y Espíritu. También Plutarco dice: «Yerran grandemente lo que confunden el Espíritu (nous) con el alma (psique). No menos yerran quienes confunden el alma (psique) con el cuerpo (soma).

Ahora bien, existe una diversidad gradual entre las Mónadas humanas; desde el criminal al santo, desde el ignorante al sabio, desde el salvaje al artista, hay una serie infinita de escalones por donde ascienden las Mónadas humanas. Puesto que ni la capacidad de saber, ni la potencia de querer el bien, ni la habilidad de sentir y realizar la belleza se heredan. ¿De dónde salen los sabios, los santos y los artistas? Porque en el universo nada sale de nada; nada se improvisa, todo se realiza gradualmente.

Cada hombre tiene su carácter, su manera original de ser, pensar y querer. ¿De dónde procede este carácter? Hemos visto que el presente de una cosa es la condensación de su pasado y ésto es una ley irrefutable, de manera que si negamos esa ley, negamos también la evolución y el progreso del mundo, en contra de lo que enseña la experiencia y la realidad de cuanto existe. Por tanto, como dice Bergson: ¿Qué somos nosotros y que es nuestro carácter, sino la condensación de la historia que hemos vivido desde nuestro nacimiento, *aun antes de nuestro* nacimiento, ya que traemos nuestras tendencias prenatales.» Y de donde nacen estas disposiciones prenatales, que no se heredan según lo que demuestra la realidad de los hechos? Una vez más hemos de recurrir a la *reencarnación*, verdad que explica con la mayor sencillez, todos los hechos relativos a la evolución de la conciencia. Nos veremos obligados a creer que el alma se despoja de sus vestiduras físicas, se recoge y envuelve, según la expresión de

Leibnith, reduce sus vehículos y queda en estado de «Mónada desnuda», hasta encontrar oportunidad para desenvolverse y revestirse de otras vestiduras físicas con que proseguir su evolución.

Y lo más admirable de todo es que esta Ley de Reencarnación, además de explicar los hechos, satisface nuestros anhelos de justicia y equidad. ¿Qué somos los hombres? Lo que nos hicimos. No ha sido ni el capricho ni la causalidad origen de nuestro carácter y, por tanto de nuestro destino. Ha sido la vida en nosotros la que se ha ido creando en el curso de su duración, la que ha crecido y crece sin cesar, la que cambia en todo instante y se mejora y se aquila'a y se engrandece. Como lo afirmaba San Pablo: «el hombre es un animal que piensa y en aquello que piensa se convierte». Schopenhauer decía que el hombre obra según lo que es; pero que es libre para ser lo que es. Y Bergson remata este pensamiento diciendo: «Es exacto que lo que hacemos depende de lo que somos; pero a ésto hay que añadir que lo que somos depende de lo que hacemos y que nos creamos continuamente a nosotros mismos». De manera que vivir es crearse indefinidamente a sí mismo.

Además de ser lo más real y justo, la reencarnación es también lo más consolador, cáliz preñado de venturas, bálsamo de bendiciones, vaso del consuelo y alivio de las tristezas de la vida Bienaventurados los que lloran; porque están abriendo sus almas a la plenitud de la vida y están acreciendo el caudal interior y renovando su ser con el riego de las lágrimas vertidas; bienaventurados los que se afanan y trabajan y se fatigan; porque están sembrando su futuro con los sudores de su presente; bienaventurados los que sueñan, los que aman la luz, los que compadecen, los que pecan, los que se santifican, los que yerran y los que saben; porque están naciendo de sí mismos, renovándose sin cesar, divinizándose eternamente con la experiencia de su presente, manantial de perfecciones futuras.

V.

El recuerdo vivo del pasado.—La Vida.

De lo que antecede, se deduce que, por necesidad lógica, por realidad científica, por razón de justicia y por dictados del corazón es la doctrina de la reencarnación de las almas o Mónadas, una de las más hermosas leyes de la Vida.

Unicamente un argumento pueden oponer los incrédulos en contra de las numerosas pruebas acumuladas en su favor. ¿Cómo es, que no nos acordamos de nuestras pasadas existencias, dicen? ¿Y quién ha dicho, que no nos acordamos? ¿Nuestro carácter innato, nuestras tendencias, facultades y posibilidades, qué son sino recuerdos vivos de nuestra pasada existencias?

El error está en atribuir al conocimiento mental una importancia que no tiene. «El pensamiento, dice Bergson, no es capaz de representarse la verdadera naturaleza de la vida, ni el hondo significado del movimiento evolutivo. Creado por la vida, en circunstancias determinadas y para obrar sobre cosas determinadas también, ¿cómo podría abarcar la Vida toda de la que no es más que una emanación o aspecto?. Producido por el movimiento evolutivo al correr de éste ¿cómo podría coincidir *con toda la extensión del camino recorrido?* Tanto valdría sostener que la parte es igual al todo, que el efecto puede absorber su propia causa o que el guijarro de la playa dibuja la forma de la ola.» «Nuestra razón que tan bien y con tanta seguridad y desembarazo se siente entre las cosas inertes; se nota cohibida al tratar de lo vivo.»

»En realidad, el pasado se conserva automáticamente por sí mismo, está con nosotros, nos sigue a cada instante que transcurre; lo que desde nuestra infancia hemos pensado, sentido y ahí está inclinándose sobre el presente que se le va a unir, haciendo fuerza sobre la puerta de la Conciencia que quiere dejarlo fuera. Precisamente el mecanismo cerebral está hecho de modo que lanza la casi totalidad de ese pasado hacia lo inconsciente, para no dejar penetrar en la conciencia más que lo que puede ilustrarla sobre la situación presente, ayudar a la acción común que se prepara, en una palabra, dar un rendimiento útil. Cuando más, algunos recuerdos de lujo entran por la puerta mal entornada y pasan como de contrabando; mensajeros de lo inconsciente, nos enteran de lo que arrastramos tras de nosotros sin saberlo. Pero, aunque no tuviéramos de ello una idea muy precisa, sentiríamos vagamente que ahí está nuestro pasado siempre presente.»

He preferido repetir las palabras del filósofo, a parafrasearlas, por la maravillosa y evidente claridad que despiden. En verdad, la memoria de la Naturaleza no es mental, sino viviente. Ningún ser vivo hereda de sus antepasados el recuerdo de los detalles concretos, sino el resultado presente de esos detalles que se han convertido en vida. De nuestras propias vidas de ahora no nos

quedan sino recuerdos como de contrabando, leves momentos de muchos años de experiencia; porque la vida no tiene interés en guardar la carga inútil del recuerdo concreto. La vida crece y se expansiona y esta expansión y crecimiento, es la memoria viviente de la Naturaleza.

Si se me preguntara, qué es la vida sin memoria del pasado, consideraría que yo soy mi pasado eternamente vivo en mi presente, yo soy mi memoria y mi recuerdo; mi carácter de hoy es el mayor testimonio de mis pasadas existencias. Es preciso mirar las cosas, no desde el punto de vista limitado y parcial de la mente concreta; sino desde la atalaya de la vida que no se acaba jamás.

¿Que la vida es algo imponderable, invisible y metafísicos? Bien; si, pero todas las causas son metafísicas. ¿Que la vida no puede aislarse en el laboratorio? ¿Que no puede suietarse a experimento? Muy bien; pero no toda la ciencia es experimental; es más, las ciencias exactas, las únicas verdaderamente asentadas en la roca firme de la verdad, no son experimentales, sino lógicas, hijas de la abstracción y metafísicas por lo tanto. Es verdaderamente inexplicable que es de importancia y se concede realidad a las cosas sensibles y no se quiere reparar en la vida que es lo único indudable y fijo de cuanto podemos concebir; porque se puede negar realidad a nuestras sensaciones, en cuyo caso nuestros conocimientos basados en las percepciones sensibles, serían fantasmas fabricados con fantasmas; pero lo que no se puede negar es que hay en nosotros Algo que conoce, que siente, que fabrica esos fantasmas, que vive en una palabra. Yo puedo dudar de todo, decía Descartes, de lo que no se puede dudar, es de estoy dudando y por lo tanto soy.

El Ser, la Vida, es nuestra primera afirmación y nuestra primera realidad, queramos o no queramos; porque al rechazar, al negar al Yo, lo estamos afirmando, puesto que no se puede actuar sin ser. Y el Ser, el Yo no tiene forma, ni peso; ni medida; no se le puede apresar, por que se nos escapa por las rendijas de su intangibilidad; no se le puede matar, porque permanece en sí mismo; no se le puede manchar, porque a él no llegan las impurezas de la tierra. Como lo expresa admirable el Baga vad Gita». ni arma alguna puede herirle, ni fuego abrasarle, ni agua humedecerle, ni viento orearle; porque es invulnerable, incombustible, impermeable, e increable. Es perpetuo, omnidifuso, incorruptible y eterno.»

Pero como siempre, lo metafísico se conoce por sus efectos fí-

sicos. ¿Queréis conocer la Vida? Abrid de par en par las puertas del alma y la cancela del corazón y contemplad las maravillas de sus maravillas.

Subid a los picos de las montañas y allí veréis la Vida cuajada en copos de nieve, como símbolo de Su pureza inmaculada; descended a los valles tapizados de rosaledas, coronados de guirnaldas, revestidos de ramas de árboles, y allí está la Vida en la explosión de su fecundidad generosa; remontáos a las estrellas, bañáos en la luz del Sol, recogeos al beso tibio de la noche callada, donde quiera que vayáis se os presentará con una hermosura y variedad inagotables, con una sabiduría que llena los cielos y la tierra con el esplendor de su gloria. La vida enlaza todas las cosas en un abrazo íntimo y estrecho, de manera que no podéis tocar el corazón de una flor, sin que se conmuevan las estrellas del cielo. ¿Véis las caravanas de mendigos entre el polvo de las carreteras? Es la Vida que llora. ¿Véis las cabalgatas de los héroes sobre sus carrozas de triunfo? Es la vida que vence. ¿Véis un hogar poblado de ternuras, rociado de besos, coronado de hijos? Es la Vida que ama. ¿Véis un crucifijo de palo en donde pende la imagen de un hombre santo con una corona de espinas de sacrificios sobre su frente, un corazón sangrante de amor en el pecho y unas frases de perdón en sus labios como mensaje de los cielos? Es la Vida que se diviniza. Tan real, tan excelsa, tan maravillosa es la vida, que cuando el Maestro nos reveló la naturaleza íntima de su Ser nos dijo aquellas palabras preñadas de misterios: YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA.

FERNANDO VALERA.

(Conferencia leida en la Rama Valencia de la S. T. como extracto de la pronunciada en la Sociedad GNOSIS el día 18 de Noviembre de 1923).

Un poco de historia

El nuevo ciclo de "Zanoni"



HACE poco más de cinco años tuvimos la gran alegría de recibir en Sevilla a un hermano hindú que, trabajando intensamente por la Teosofía, pasa desconocido en la misma S. T. si bien recorre todos los continentes. Terminada su labor en Europa, pasó al Asia y hace un

año próximamente, marchó a las regiones más agrestes del Africa central. En su camino deja siempre una labor beneficiosa en germen, y en Sevilla no podía faltar ese resurgimiento teosófico. Habiendo observado lo que ocurría con la S. T. en Sevilla y como se hallaba en decadencia por las prácticas de hipnotismo, sugestión y espiritismo que se realizaban en determinado local, aspiraba a ver una Rama prudente y estudiosa que se apartase del fenomenismo y del mediumnismo, polarizando sus actividades en otra forma.

Apenas marchó aquel hermano, se comenzaron a colocar los sillares de la nueva obra, naciendo ZANONI a la vida teosófica, como nueva Rama, en 21 de Julio de 1918, a las cinco y dos minutos de la mañana,

Desde su fundación todo fueron obstáculo.

El haberla constituído libremente sin carta constitutiva, que tardaría meses en venir de Adyar, fué considerado por los más caracterizados teósofos españoles como un acto de rebeldía o independencia, no obstante hacer constar en la sesión inaugural que solicitábamos auspicios de la S. T. de Adyar, a la que reconociamos como Sociedad madre.

Los teósofos sevillanos vieron en nuestro acto una falta de fraternidad por no venir todos a engrosar la entidad existente.

Y si esto era, como vulgarmente se dice, en los de casa, ¡qué sería por fuera! Constituir una nueva Rama en Sevilla era suficiente para desatar contra nosotros las furias del Averno.

Hasta la fecha y momento elegidos, dieron lugar a bromas, si bien más tarde nadie ha extrañado que los Congresos teosóficos de París y Viena tuviesen lugar precisamente en 21 de Julio.

Nuestra labor consistió en publicar una revista teosófica que levantara los ánimos decaidos desde la muerte de la revista *Sophia*, y que no era bastante a levantar en nuestra región otra revista catalana que se publicó entretanto.

Aquel nuestro primer intento de publicación fué una revista lujosamente editada que se repartía gratuitamente, costándonos cada ejemplar unos cincuenta céntimos. Era una locura debida a nuestro mismo entusiasmo, que no salió del todo mal, merced a esa Providencia que invocábamos en nuestra salutación, que nos hacía llegar en los momentos difíciles donativos inesperados de los más extraños rincones del planeta. La separación de nuestra Rama del hermano a quien habiamos encargado la dirección técnica de la revista, obligó a suspender ésta, hasta nueva ocasión.

En este período llegó nuestra carta constitutiva de Adyar y

cesaron los recelos, pero como estimábamos que España debía tener su Sección independiente cual los demás países y justamente nos constituimos en Rama, para que ésta hiciese el númemero 7, necesario para constituir sección, volvieron a surgir las dudas y temores, atribuyéndose nuestro sano propósito, a desatención para quien fué nuestro ilustre hermano Xifré, a deseos de separarnos de Adyar, a falta de disciplina y mil motivos más creados por la imaginación de quienes no aciertan con la sencilla explicación que suministra la verdad,

Queriamos tan solo engradecer la Sociedad Teosófica. Nuestros esfuerzos fueron inútiles de momento, pero algunos meses después las Ramas de Barcelona recogieron nuestro propósito y presentado con solidez de conceptos fué ganando la opinión hasta que se celebró el Congreso de constitución de la S. T. española en Madrid. Llegado el momento de ocupar altos cargos, los representantes de ZANONI hicieron constar que una vez cumplida su misión rehuían todo honor que compensara su esfuerzo, quedando demostrado que no perseguíamos otro fin que ese constante engrandecimiento de la S. T. a que antes nos referimos,

Tras de esto se estrecharon los lazos fraternales con todos los hermanos ds España y no había duda de que nuestra labor iba polarizada en bien de todos.

Durante el tiempo que no se públicó nuestra revista, procuramos continuar la propaganda mediante varios folletos titulados: «Mensajes de la Teosofía». La serie constaba de siete a saber:

1 Mensaje de Paz de la Teosoffa.
2 » de la Teosofía a los espiritistas
3 » » » » a los materialistas
4 » » » » a los patronos
5 » » » » a los obreros
6 » » » » a los librepensadores
7 » » » » a los católicos

De ellos, hasta ahora, sólo hemos publicado los núms. 1, 2 y 4, pues todo nuestro esfuerzo económico se dirigió a mantener un centro y biblioteca pública A ese efecto hallamos en calle Sierpes un buen local, donde se dieron brillantes conferencias durante un invierno, de las cuales se ocupó la prensa con gran extensión.

Recordamos, entre otras, las siguientes:

Pinturas rupestres, por D. César Luis de Montalbán.

Auras humanas, por D. Jose Fernández Pintado.

El Yoga, por D. Antonio Alonso.

El Cristo místico, por D. Rafael Rodríguez.
El modernismo en poesía, por D. Adriano del Valle.
Los Reyes Magos, por D. Manuel de Brioude.
El origen de la Vida, por el mismo.

Todas las cuales y otras más atrajeron un numeroso auditorio.

Esto dió lugar a que el proverbial fanatismo de nuestro país pusiera sus armas en juego y se nos rogara abandonásemos el local, haciendo presión en ciertos periódicos para que evitasen en lo sucesivo ocuparse de asuntos teosóficos.

Volvimos a organizarnos y hallamos un local muy apropósito ambién en la proximidad del centro. Aquí procuramos suspeder a sconferencias públicas para evitar nueva expulsión del local. Sin embargo, apenas terminado el plazo de arriendo nos volvieron a pedir que desalojáramos el local que teníamos en calle Tarifa, 7.

Por tercera vez buscamos y hallamos local, esta vez en lo mejor de Sevilla. Una casa entera esquina de calle Sierpes y Plaza de la Constitución, y aquí vegetamos un año sin que los esfuerzos que realizábamos en propaganda dieran el apetecido fruto. En vista de ello, acordamos suspender esos enormes gastos de local y volver a publicar la revista ZANONI, que sirviese de medio de difusión de nuestros ideales y de nexo con las repúblicas americanas.

Aquellos que conocen lo que representa la publicación de una revista, comprenderán cuales han sido los sacrificios de la Rama para publicar los números que van editados durante dos años consecutivos.

Hemos estado tirando un mínimo de 750 ejemplares, que repartiamos gratis a todas las Ramas de Amárica, Secciones de la S. T. revistas de todos los países y numerosísimos Casinos de toda España. El reducídisimo precio de suscripción sirve para cubrir el costo del número y franqueo, quedando un beneficio insignificante. Sin embargo, a fuerza de constancia y de paciencia hemos conseguido tener 150 suscriptores que hayan pagado, merced a lo cual lo más difícil de nuestra publicación está vencido. Calculando que a partir del nuevo año aumentemos las suscripciones a 10 pesetas tendríamos un ingreso efectivo de 1.500 pesetas, sin contar los anuncios.

Esto aún no es suficiente a costear la revista, pero la diferencia puede ser ya cubierta sin gran esfuerzo y es de esperar que en el año entrante se nivelaría el presupuesto. Al fin vamos a tener la alegría de ver coronado nuestro esfuerzo por el éxito. Nuestra revista vivirá ya asegurada para el futuro, mas en este

momento surge la iniciativa de resucitar la antigua revista *Sophia*, la más perfecta que se ha publicado en idioma español, nexo de unión de todos los teósosos ibero americanos y se nos pregunta: «¿Queréis ayudar?»

Una vez más hay que sacrificar el premio ganado en bien de todos. ZANONI, el rebelde ZANONI, está dispuesto a dar su vida en holocausto a la fraternidad, y ZANONI cuando va a llegar a su esplendor muere y se transfigura para dar vida con su sangre a la revista *Sophia*, a quien entrega su lista de suscripción, sus ingresos, su nombre y su labor, al comenzar el nuevo año.

Ahora bien, lector querido, si antes de tres meses no hubiese aparecido el primer número de *Sophia*, nuestra querida revista volverá a visitaros, para que en ningún caso quedéis sin este modesto auxilio teosófico.

Mas esperemos que la futura reencarnación de ZANONI será la grandiosa revista que todos anhelamos como puente de unión entre España y América.

He aquí el nuevo ciclo de ZANONI y una reseña sucinta de nuestro trabajo desde la fundación de la Rama hasta el día.

ZANONI, órgano de nuestra Rama, ha muerto para nacer como órgano de la Sección española.

LA REDACCIÓN.

Sección de Noticias

Nueva Rama

El sábado 17 del mes anterior tuvo lugar en Morón la fundación de una Rama de la S. T. E,

Al acto concurrió una comisión de Sevilla constituida por don Manuel Gómez, representando a la Rama Fraternidad; don Julián Romero, representando a la Rama ZANONI, y D. Manuel de Brioude, como representante del Concejo.

La reunión fué presidida por el Dr. Brioude, ante quien se efectuó la elección de cargos, siendo nombrado presidente el Doctor Olmedo.

Los demás cargos fueron los siguientes:

Vicepresidente, don Venancio Terrazas.

Secretario, don Oscar Ruiz.

Tesorero, don Antonio Ucero.

Bibliotecario, don Manuel Plaza.

Vocales: don Carlos García y don José Lara.

Se acordó designar a dicha Rama con el nombre de «Blavatsky» y se procedió a la lectura del reglamento, que ha de ser enviado al Secretario General para su aprobación.

Los señores Gómez, Romero y Brioude pronunciaron sentidas frases de salutación, que fueron contestadas con gran afecto por el nuevo presidente.

Felicitamos efusivamente a los valiosos elementos de Morón que dan ejemplo a Andalucía por ser el primer pueblo en que se constituye una Rama Teosófica.

—

Continúa la serie de conferencias que viene dando el padre dominico Raimundo Suárez. Una vez más ha hecho gala de sus profundos conocimientos de Teología y su absoluto desconocimiento de la Teosofía, confundiéndola lastimosamente con el budismo y considerando éste como una idea nueva.

¡Qué lástima que un hombre de tal cultura desconozca por completo un asunto del que ha de tratar ante un público que sabe de lo que se trata!

Siempre la ignorancia como origen de los males. Si no conoce este asunto, ¿para qué se ocupa de él? Deje a otros esa misión y siga explicando los sacramentos donde podrá ayudar a muchos, cosa que no conseguirá con esos arrebatos de aparente indignación con que procura encubrir los puntos débiles de su oración y hacer creer a los que no sepan de oratoria que la excitación que sufre no le permite razonar sobre lo que no sabe.

—

En vista de que la revista *Sophia* será la refundición del Boletín Oficial y de Zanoni, enviamos a Madrid la lista de sus suscriptores para que desde allí sirvan la nueva revista a su aparición.

Aquellos lectores que se dirijan directamente a la revista *Sophia* deben hacer constar que son suscriptores de Zanoni, para evitar doble envío.

Los que no estén conformes con la nueva revista pueden devolver el primer número como señal que no desean continuar.

Quienes hayan abonado el año 1924 en esta redacción seguirá recibiendo *Sophia* hasta nuevo aviso, y de aquí se remitirá el importe a Madrid. Para toda suscripción nueva y para demás detalles dirigirse a D. Máximo Maestre, Travesía de Trujillos, 3, Madrid.

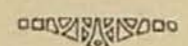
"Zanoni"

Revista Teosófica. - Año 1923

ÍNDICE

Págs.

GRABADOS



ÍNDICE DE AUTORES

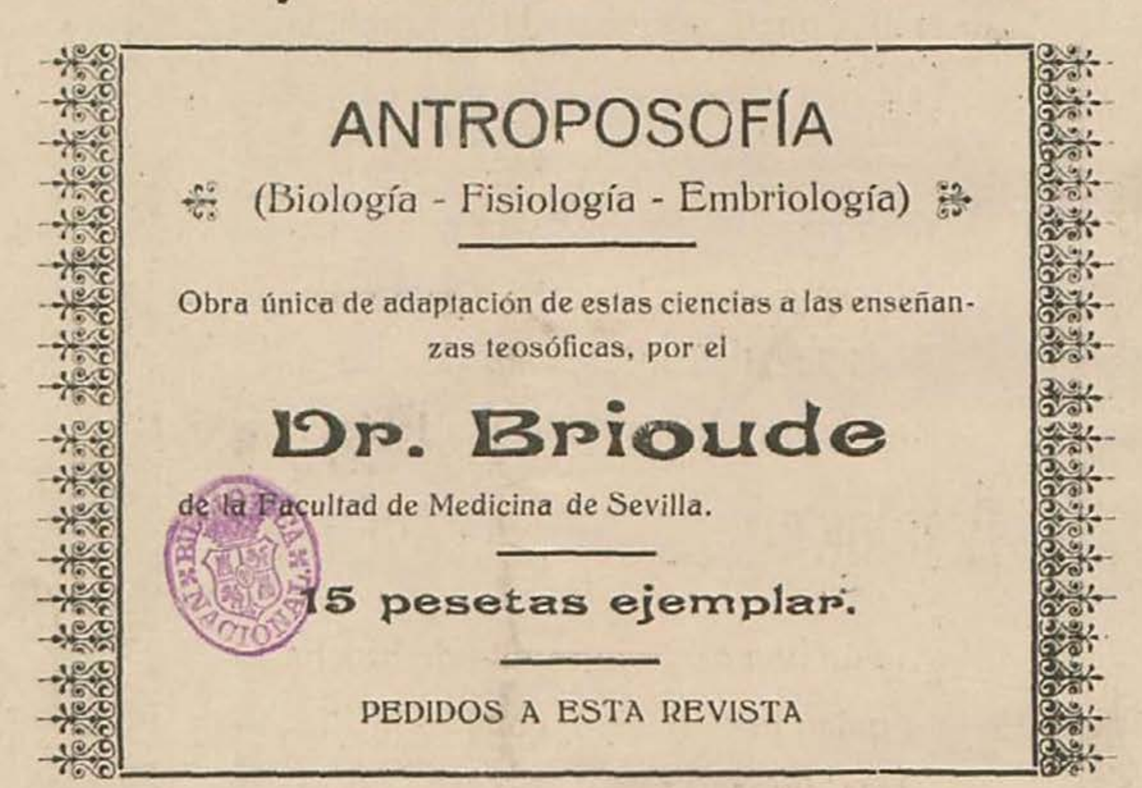
"HELIOS"

REVISTA VEGETARIANO - NATURISTA

Suscripción: 3'50 pesetas al año —Extranjero 5 pesetas.

¿Desea usted saber cómo puede sanar de sus enfermedades sin el uso de drogas ni operaciones y aprender a resolver ventajosamente su problema económico, el de su salud y felicidad, a la vez que el de su familia? Suscríbase a la revista «Helios». Aprenderá usted a ser el maestro y médico de sí mismo.

Dirección y administración: Clavé, 22.-VALENCIA



¿Está usted enfermo? Lea usted el folleto

El Alcohol, la Carne y la Vacuna

y quiza su lectura sea el primer paso que usted da para su curación.

¿Está usted sano? Léalo también y quizá él le conduzca a una vida nueva evitándole muchos sufrimientos.

PRECIO: 0'50.—Nota: Si le interesa a usted la lectura de obras Naturistas, Filosóficas, etc. Pida el catálogo de la

Librería Gorriarán.-Plaza Nueva, 10.-Bilbao